

**En el nombre de Dios,
el Clementísimo,
el Misericordiosísimo**



Editorial
Elhame Shargh



EL FARO

سرفشاهه : رحماندوست، مصطفی، ۱۳۳۹ -

عنوان قرارداد: سکه‌های پیروزی: براساس داستانی از زندگی امام محمد باقر علیه‌السلام. اسپانیایی
عنوان و نام پدیدآور: : سکه‌های پیروزی: براساس داستانی از زندگی امام محمد باقر علیه‌السلام. اسپانیایی
Las monedas del triunfo: (Un relato de la vida del quinto Imam, : Saker Husein Asivand) Traducido
Muhammad ibn Ali/Autor mustafa Rahmandust, Dibujos Hosein Asivand
de persapor Zohreh Rabbani

مشخصات نشر: قم: الهام شرق، ۱۳۳۲.

مشخصات ظاهری: ۱۹ ص: مصور (زنگی).

شابک: ۹۷۸-۹۶۴-۲۸۲۴-۶۱-۸

وضعیت فهرست نویسی: فیا

یادداشت: کتاب حاضر تحت عنوان فارسی "سکه‌های پیروزی: براساس داستانی از زندگی امام محمد
باقر علیه‌السلام" توسط انتشارات بنیاد بعثت منتشر شده است.

یادداشت: گروه سنی: ب، چ.

آوانویسی عنوان: لاس مونداس دل تریونفو

موضوع: محمدین علی (ع)، امام پنجم، ۵۷ - ۱۱۴ ق. -- داستان

موضوع: داستان‌های مذهبی

شناسه افزوده: آسوند، حسین، ۱۳۵۹ - تصویرگر

شناسه افزوده: ربانی، زهره، مترجم

رده بندی دیویی: ۱۳۶۲ الفات اس/۳۹۲۴ - ۱۲۹۷/۶۸

شماره کتابشناسی ملی: ۳۲۷-۰۵۴۹

Autor: Mostafá Rahmandust

Ilustraciones: Hosein Asivand

Traducido del persa por: Zohre Rabbani

Colaboración: Karina Sain

Director artístico: Naser Hasani

Publicado por: Editorial Elhame Shargh

P. O. Box: 37185/4138 Qom, Irán

Tel/Fax: +982532903644

Fundación Cultural Oriente

Grupo infantil y juvenil "El Faro"

www.faro21.com

info@faro21.com

Primera edición: 2014

3000 ejemplares

ISBN: 978-964-2824-61-8

©Todos los derechos reservados

Se permite la reproducción citando la fuente

Las monedas del triunfo



El califa Abdulmalik, sentado en su trono, escuchaba atentamente a su ministro que leía, de pie el registro de sus actividades. Cuando la lectura terminó, Abdulmalik meditó y luego tomó el registro a fin de leerlo con mayor precisión. Cuando lo hizo, sus ojos se detuvieron en un símbolo marcado en el margen superior del mismo. Con el objeto de conocer su significado, cambió varias veces la posición de aquella hoja de papel, pero no pudo descubrirlo.





Restando importancia al propio registro, sintió ansiedad por aclarar esta incógnita. Entonces preguntó al ministro: “¿Qué significado encierra el símbolo ubicado en el margen superior de este papel?” Como si recién lo hubiera descubierto, le respondió: “No lo sé, su majestad”. Con gran asombro, Abdulmalik le replicó: “¿Quieres decir que no conoces el símbolo impreso en tu hoja?” El ministro le echó un vistazo y dijo: “No, lamentablemente, no lo sé”.







El califa mandó llamar a otro de sus ministros. Éste se acercó y le hizo una reverencia. Aquél le entregó la hoja de papel y le dijo: “¡Desentraña para mi el significado de esta marca!” Observó el símbolo con suma atención y luego de unos instantes, se aproximó más y acotó: “¡Larga vida al califa! Parece ser que está escrito en latín. Permítame ir en busca de alguien que sepa ese idioma”. Muy pronto se hizo presente allí un intérprete. Abdulmalik le ordenó: “Tú, que conoces bien el idioma de los romanos, dime que representa esto”. Este le dijo: “Este es el símbolo del cristianismo y a su lado hay unas líneas acerca de la doctrina cristiana”.

De inmediato, muy encolerizado, el califa ordenó a sus hombres encarcelar a su ministro, quien sorprendido por esta insólita decisión del califa se arrodilló y replicó: “¡Oh su majestad! ¿Qué pecado he cometido para ser encarcelado?”, Abdulmalik, enojado, le respondió: “¿Y cuál pecado es mayor que este? Eres el ministro del califa de los musulmanes, y en tu registro llevas marcado el símbolo de los cristianos de Roma”.

El pobre ministro pidió permiso para hablar y agregó: “Pero, su majestad, eso no es mi culpa, mis hombres lo compraron en el mercado y usualmente todos los papeles que se comercian en los mercados de Damasco llevan esa señal. Yo soy musulmán y soy fiel a mis creencias”.

Y eso era cierto, puesto que en aquellos días, eran los cristianos de Egipto los únicos que se ocupaban de la fabricación de papel, e imitando a los cristianos de Roma, ellos colocaban el mencionado signo en el margen superior de las hojas. Estas eran enviadas desde allí hacia todas las ciudades del territorio islámico. En conclusión, la totalidad de los papeles que se encontraban en manos de los musulmanes, llevaban el símbolo de esa religión.

El califa, al enterarse de la verdad del asunto reflexionó y concluyó en que no era conveniente que en su país se usaran impresos con un símbolo ajeno. Es por ello que escribió una carta al gobernador de Egipto, ordenándole que los propietarios de las fábricas de papel, sustituyeran aquel símbolo por la frase “No hay dios más que Dios”. Desde ese entonces, el símbolo fue sustituido y este hecho contentó a los musulmanes.

Abdulmalik, que sabía que los musulmanes no lo apreciaban y que sufrían a causa de su opresión para con ellos, aprovechó esta oportunidad para mostrarse como un gran califa.



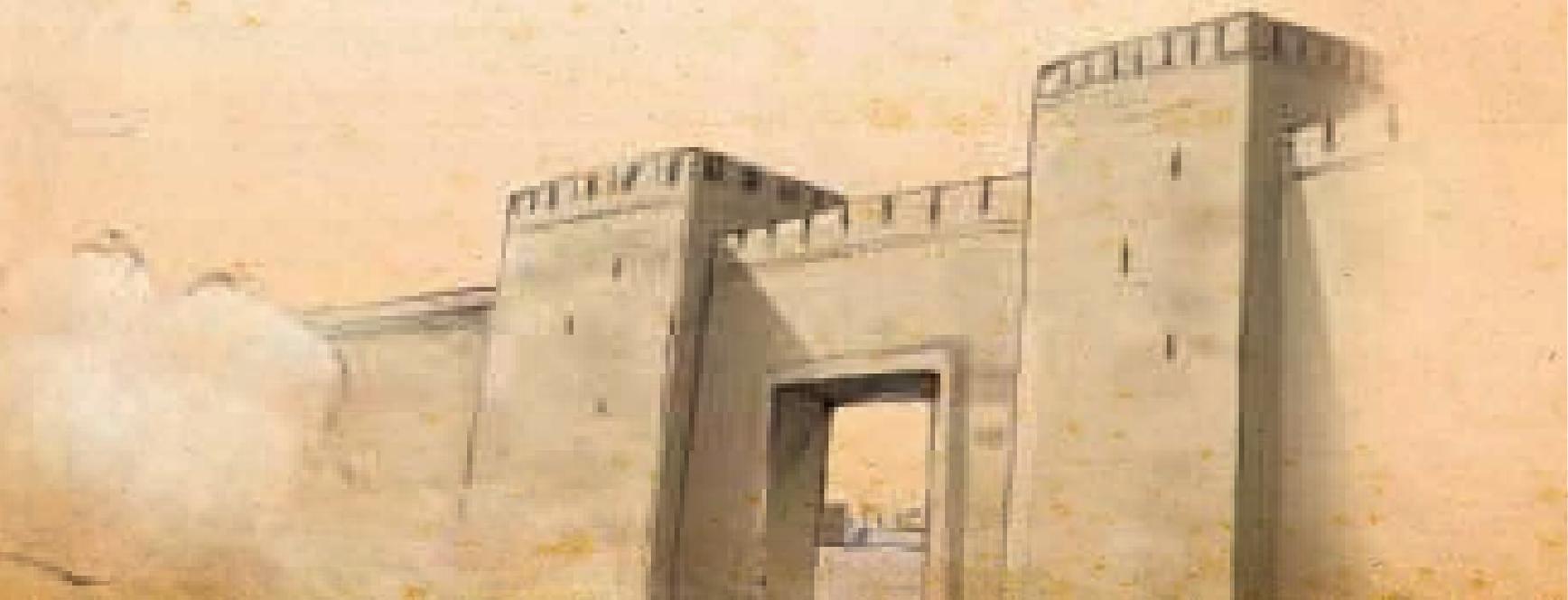




Poco a poco, los nuevos papeles fueron distribuyéndose por todas partes y también llegaron a la corte de Roma.

El emperador cristiano poseía gran poder. A menudo, enviaba abundante dinero a los cristianos fabricantes de papel en tierras egipcias. Cuando éste descubrió la sustitución, se irritó y rápidamente escribió una carta a Abdulmalik. La carta decía: “Los califas anteriores a ti hacían uso de esas hojas de papel y hace decenas de años que llevan el símbolo. Lo mejor sería que procedieras de igual modo, ordenes suprimir la frase “No hay dios más que Dios” y vuelvas a colocar el símbolo anterior”. El enviado romano (portador de la carta) se presentó en el palacio con valiosos regalos. El califa leyó la carta y le dijo al mensajero: “La carta que has traído no tendrá respuesta alguna. Llévate de regreso los obsequios y vete, no los aceptaré”.

De regreso en Roma, el enviado relató lo sucedido. Una vez más, la autoridad de Roma reiteró el pedido, y envió una carta similar con otro mensajero, pero duplicando esta vez los obsequios. Abdulmalik no respondió la carta ni aceptó los regalos. El mensajero regresó a Roma. El califa era consciente de la fuerza y el poder del emperador romano y no deseaba provocar un altercado, pero tampoco podía echarse atrás con la medida que había tomado. Todos estaban al tanto de los sucesos. Si Abdulmalik se doblegaba ante la exigencia romana, perdería su prestigio.

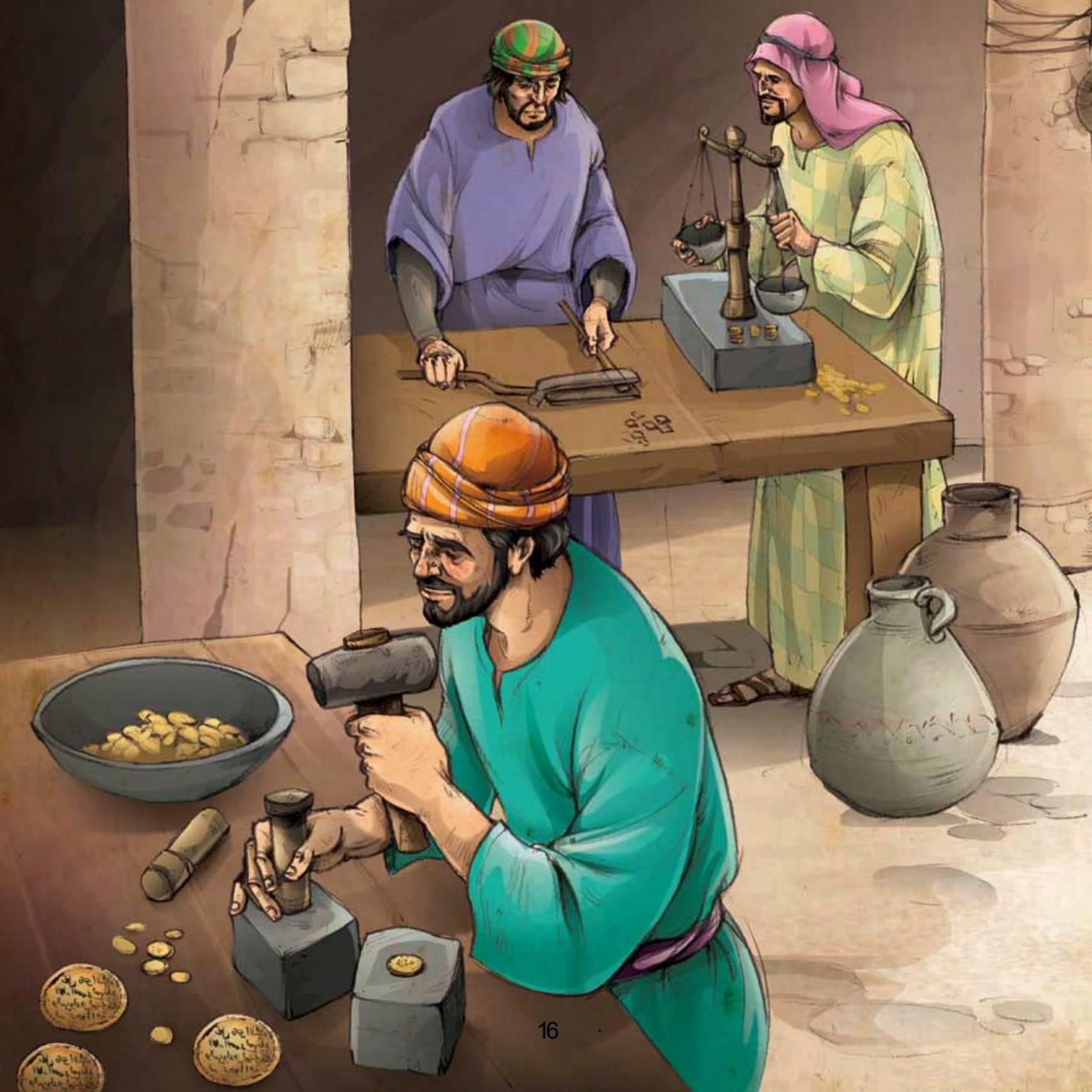


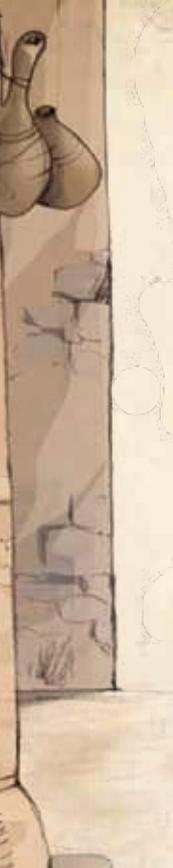
La tercera vez, los obsequios fueron más valiosos y la nueva carta enviada encerraba un contenido amenazador: “Te he escrito amistosamente en dos oportunidades y te he enviado numerosos obsequios. No obstante, no me has respondido, ni has aceptado mis regalos. Esta vez te envío mejores y más abundantes. Lo más conveniente será que los aceptes y que acates mi orden. Sólo así seguiremos manteniendo una relación cordial. De lo contrario, ordenaré que sobre las monedas de oro y plata se impriman ofensas e insultos hacia el Profeta del Islam. Tú bien sabes que los habitantes de tu territorio comercian con monedas romanas. Ten en cuenta, que los musulmanes se verán obligados a comerciar con monedas en las cuales se insulta a su propio Profeta”.

Esta tercera carta irritó al califa. Jamás hubiera previsto un hecho semejante. Las monedas de Roma constituían un pilar de la economía de aquellos días. Toda la gente las utilizaba; ellas se encontraban en los bolsillos, en los mercados, en las casas y en las tiendas. Y si el Emperador llevaba a la práctica su amenaza, los musulmanes se sublevarían, pues todos necesitaban aquellas monedas. El califa estaba realmente desconcertado. No sabía qué hacer. Si ordenaba restituir el símbolo cristiano, perdería su influencia y su prestigio. Y no permitir la entrada de las monedas sería un peligro aún mayor para su poder y su gobierno.

En esa oportunidad, al mensajero no se le permitió volver de inmediato a Roma. Abdulmalik ordenó que se reunieran todos sus consejeros a fin de tomar una decisión conjunta y enviar una respuesta. Los grandes de Damasco y los consejeros de la corte se hicieron presentes y el problema fue planteado, pero nadie fue capaz de ofrecer una solución conveniente e inmediata. Las sesiones se extendieron unos días, pero no dieron resultado.







El último día, una gran personalidad se acercó al califa, lleno de temor y respetuosamente le aconsejó: “Yo conozco alguien que con certeza solucionará esta cuestión. Usted lo conoce, pero no se si estará de acuerdo en comunicarle el asunto”. Abdulmalik interrogó: “¿Quién es él?” Le respondió: “Es el Imam Muhammad Ibn Ali Al-Baquir”.

Un gran silencio inundó la reunión. Todos sabían que el califa era enemigo del Imam. Todos conocía a Muhammad Ibn Ali Al-Baquir, todos sabían que él era un gran sabio y por eso lo llamaban Baquir ul-Ulum –aquél que abre la profundidad de las ciencias-. Ellos estaban seguros de que él tenía la solución. Abdulmalik se puso a meditar; él también sabía que el Imam tendría la solución, pero le resultaba muy difícil solicitar su ayuda. En diversas oportunidades, el califa había ordenado al gobernador de Medina mantener vigilados al Imam y a sus fieles.

Sin embargo, minutos más tarde, escribió una carta al gobernador de Medina, pidiéndole que enviara al Imam hacia Damasco y lo tratara con todo respeto. Días después, el Imam hizo su entrada a la ciudad, siendo recibido por el cariño de una multitud. Él ya tenía conocimiento del asunto. Abdulmalik lo visitó y se lo planteó. El Imam le aseguró: “La amenaza del Emperador romano jamás se hará realidad. Ten la certeza de que Dios no le permitirá troquelar monedas con ofensas al Profeta y que sean distribuidas entre las multitudes. La solución a este problema es muy simple. Reúnan a todos los artesanos de Damasco, yo mismo les enseñaré a acuñar monedas.

Entonces, así se hizo. El Imam determinó el peso, la medida y el valor de las monedas. Además diseñó tres tipos. Luego ordenó que en una de sus caras se grabara la sura coránica "Al-Ijlas" (El monoteísmo) y en la otra el nombre del Profeta Muhammad. Esta orden llegó rápidamente a otras ciudades. Los musulmanes entregaban las monedas romanas a las autoridades y recibían a cambio las monedas nuevas. En ellas también estaban señalados el nombre de la ciudad y la fecha de su acuñación. El intercambio con dinero romano fue prohibido y desde aquel día las monedas islámicas constituyeron el sólido dinero del extenso territorio islámico.

